

Tortugas enredadas.

Cabrera es un lugar privilegiado. Un pasado militar ha protegido de la sobreexplotación la isla y el mar circundante.

Pero la espuma del mar nace lejos del lugar donde muere, y en su viaje arrastra los problemas.

En los remolinos de las olas van dando vueltas organismos y partículas, moléculas de agua y de sal, y también algunas trampas, que no se ven en la superficie, pero que no desaparecen solo por no ser visibles.

El mar parece engullirlo todo; y es cierto que a veces lo consigue, si bien, en muchas ocasiones, los problemas reaparecen de la forma y en el lugar más insospechados.

La tortuga boba topa con algunos de esos problemas.

La especie había sido muy abundante en el mar Mediterráneo; sin embargo ahora es una rareza, y quizá dentro de poco tan solo sea un recuerdo.

Este reptil nada en alta mar, aunque es frecuente que se acerque a las costas en sus largas migraciones.

Son millas y millas a lo largo de la vida de una tortuga, millones de golpes de las aletas, esas formas que han adquirido las extremidades de estos quelonios a lo largo de la evolución, y que los diferencian de sus parientes terrestres e incluso de los de agua dulce.

Cada vez que las aletas reman, el animal corre el riesgo de verse mutilado.

Un encuentro al azar —le puede tocar a cualquiera— con los restos de una red a la deriva.

Esa puede ser la plastificada cara de una muerte nada épica y menos natural.

Salvo que, también por azar, un ser humano pase a tiempo para reparar el daño de un congénere, como si al final solo contara que la especie enmiende sus errores.

Esta tortuga ha chocado con la buena fortuna. Como en Cabrera no hay mucho que hacer, atrae la atención del ejército, de los guardamarinas, de los pescadores y de sus familias; todos pendientes de una tortuga que a punto ha estado de perder la vida.

Una vez liberada de una maraña ponzoñosa, su sitio es el mar. Aunque allí vaya a encontrarse con nuevas trampas, más peligrosas y menos mimos. La libertad nunca es gratis, pero hay precios que valen la pena y riesgos que no se pueden evitar.

Restos de redes y bolsas de plástico, sustancias ajenas al mar, son las que actúan como una camisa de fuerza sobre las tortugas. Parálisis antropomórfica; estúpida por involuntaria, malvada por irreflexiva.

No hay una sola persona que obtenga beneficio ni comodidad de abandonar toda esa basura en el mar. Y sin embargo, lo que sí provoca es la muerte de estas hermosas tortugas, cuya presencia entre las olas, cruzando océanos, hacen que el planeta sea un poco más hermoso.

La naturaleza siempre encuentra un nuevo equilibrio, pero a quien de verdad provoca un daño irreparable la desaparición de una especie es al ser humano.